

dimiento, con algo de su corazón, con algo de su alma. Parece tan estrecho un vaso, ¡y en él, no obstante, se han ahogado tantos hijos, tantas madres, tantas esposas, tantas vidas! Se arroja alcohol al fuego para que éste arda más; y alcohol á la idea para apagarla! El ebrio es muerto, pero si aun no pasan los tres días que Lázaro pasó sin vida, resucítalo! Tal vez todavía es joven; tal vez el dolor lo llevó del brazo y le dijo: «¡ven y olvida!» ¡tal vez las ideas, enflaquecidas y anémicas de ese hombre, gastadas por un exceso de trabajo, no tenían fuerzas ya para salir del cerebro, y era preciso que salieran para que le llevaran á la vuelta el pan de cada día, y entonces el alcohol, que es fuerte y vigoroso, le dijo: — ¡yo te las empujaré! — tal vez, de este naufragio, flotan, salvos aún, en el océano, algunos sentimientos buenos, asidos á una lancha, á una balsa, á un mástil roto. . . si es así, resucítalo, Señor!

A estas resurrecciones milagrosas, podeis ayudarnos mucho, señoras mías, como ayudásteis á la de Lázaro, en figura de Marta y de María. Nada hay que despierte tan pronto, como un beso de amor. La mujer da la vida y puede volverla á dar á los que casi la han perdido. No solo se es madre en los momentos del alumbramiento: se es madre antes y después. Es madre cuando con un rayo de amor crea la mujer sentimientos buenos en el alma de un hombre, y cuando despierta alguna actividad dormida en su ánimo; es madre cuando como la Cordelia del «Rey Lear» sostiene al padre anciano; es madre siempre que es buena y siempre que ama. Por eso, señorita, puede usted, cuando quiera, realizar el prodigio de ser Virgen y Madre, como María de Nazareth.

SEMANA DE DOLORES.

Esta es la semana más triste de la Cuaresma, porque en ella se hace memoria de la aflicción inmensa de una madre. En los altares quedan veladas las imágenes, ó diríase que todos los santos se van al cielo, para acompañar á Jesús en los solemnes días de la pasión, ó que se cubren asustados con un velo para no ver las terribles escenas del Calvario.

Nosotros hemos dado al viernes de Dolores un carácter simpático y alegre. Es el día en que la hostia blanca baja á los labios del niño, y cierra y sella esa cartita, que, cuando el hijo hace su primera comunión, le envían todas las madres á la Virgen; es el día en que la joven se corona de más flores, el día en que el trigo nace, para adorno del altar, como si también fuera otro hijo rubio de María.

Pero ¡qué triste, sin embargo, está la Dolorosa! Yo no hablo de las grandes Dolorosas que ponen en los templos; hablo de la que conozco, de la mía, de la que estaba á la cabecera del lecho en que nací, de aquella cuyas lágrimas ví yo á través de las primeras mías! No la alegran las rojas amapolas, ni las espigas doradas, ni los cirios blancos con sus rosetas de papel picado, ni las aguas de colores, ni las armonías de la orquesta que toca música de Rossini. Para una madre que va á perder á su hijo, no hay consuelo! Y eso que el Hijo de María iba á resucitar, iba á subir al cielo, como que es inmortal, como que es Dios! Pero también iba á sufrir tormentos indecibles, y por eso la Madre acongojábese. También iba á separarse de ella, y como la Virgen era mujer y madre al cabo, no sería extraño que aun sabiendo á ciencia cierta que su hijo era Dios, pensara al verle espirar crucificado:—Si se habrá muerto. . .! ¡Si ya nunca lo veré!—Puede ser que esta sea una blasfemia; pero yo la digo, á reserva de desdecirme, si el obispo, mi superior jerárquico, me lo ordena. Y lo digo porque todas las madres son medrosas,

y porque á alguna que lloraba á su hijo muerto, dije yo:—Consuélese usted, porque su niño está en el cielo—¡y la señora siguió llorando todavía!

Son muy buenas las madres, y por lo mismo os encarezco á todos que seáis buenos hijos, y de los buenos hijos voy á hablaros.

* * *

Oigo decir de muchos jóvenes que son buenos hijos. Esta es una cualidad que se concede fácilmente. Parece como que no la queremos, como que no nos causa envidia, como que nos sobra y por eso la damos á cualquiera. Llamar á álguien buen escritor, buen músico, buen sastre, cuesta trabajo á los escritores, á los músicos y á los sastres; pero llamar al mismo buen hijo, ó buen hombre, es cosa llana y corriente para los hombres y para los hijos. De modo que hay muchos buenos hijos recibidos y titulados. . . . aunque no ejerzan su profesión; porque entre esos buenos hijos, ¡cuántos desalmados y Caines hay, así como también, muchos de aquellos á quienes se apoda con el mote, entre despreciativo y cariñoso de «buen hombre,» merecen el presidio y hasta la horca!

Cada vez que se anuncia un parricidio, la sociedad se alarma, la indignación se enciende, todos los «buenos hijos» leen con horror y espanto la noticia, sacudiendo con mano temblorosa el periódico que la publica y que ellos leen al desayunarse. . . . si bien es cierto que no siempre ese movimiento convulsivo nace de ira justa y noble, sino, algunas veces, cuando menos, de los desórdenes y excesos que el «buen hijo» comete por las noches.—¡Parece imposible que haya almas tan negras!—exclaman todos.—¡Que lo ahorquen!—repiten. Y al oír tales voces se siente uno satisfecho de sí mismo, de su buen corazón, de su ternura, y orgulloso de pertenecer á un mundo en el que hay tantas personas excelentes.

Infortunadamente he perdido esa ilusión, y como aquel que se acostumbró al uso de los venenos, hasta el grado de que ya estos no le dañaban, yo me he acostumbrado á presenciar parricidios, y ya no me asustan, y me parecen tan vulgares como cualquiera defunción de un tifoideo. He llegado á tal punto, que, no solo absuelvo, sino que trato á muchos honorables parricidas. Esto de haber matado uno á su padre, constituye un pequeño defecto, es como el fumar, un vicio muy común y ya aceptado; es, en resumen, una pequeña mancha que se lava con derramar sobre ella algunas lágrimas, á la hora en que la víctima está espirando. En cierto modo, el parricidio es lógico: ¿no dicen que los padres nos dan la vida? Pues entonces no les quitamos la vida, aunque parezca que se las quitamos: nos la dan.

Tan cierto es esto, que la misma sociedad llama á incontables parricidas «buenos hijos.»

La doctrina enseña que hay diversas maneras de matar. De modo que el asesino, en muchas ocasiones, puede decir á sus jueces:—¿cómo están ustedes, compañeros?—Lo punible en el asesino es la brusquedad, el uso de armas cortantes ó de fuego, el matar sin aviso previo y de golpe y porrazo. No tiene licencia de portar armas y se le prohíbe que compre un veneno en la botica sin exhibir la receta del facultativo; pero si respetando estas prudentes taxativas se da sus mañas para matar de otra manera, la justicia no se mete con él: es hombre honrado.

En el hijo es casi natural la propensión á matar á sus padres. Algunos cumplen pronto su comisión, despachan, á la mayor brevedad posible, su trabajo, y en cuanto llegan al mundo, matan á la madre. Cuando menos, hacen todo lo posible para conseguirlo. Si no lo logran, es porque el médico, un intruso, los saca afuera antes de que cumplan su cometido.

Las señoras tienen la conciencia de que sus hijos han de ser sus asesinos. Por eso desde que el muchacho empieza á andar, le dicen á propósito de cualquiera rabieta y de cualquiera travesura: ¡me estás quitando la vida!—Y esto que ellas dicen en broma, porque las madres son más ciegas que el amor, es la verdad en muchos casos. El muchacho está afilando sus armas, para hacer uso de ellas en el momento oportuno.

De fulano se dice: «tiene muchos defectos; pero es un buen hijo.» A mí siempre me ha llamado mucho la atención este elogio. ¿Cómo ha de ser un buen hijo el que es un mal hombre? De sus defectos tengo pruebas sobradísimas; se embriaga, juega, deshonor a una mujer, etc., etc. ¿En qué consiste, entonces, su bondad filial? Si no aflijen á la madre, estos vicios y escándalos del hijo, si no la apena pensar que él ha de enfermarse, y que será, por fuerza, mal esposo y padre peor, entonces y sin remedio, es una mala madre. Y si es buena y si sufre por tales desmanes y deshonras tales, ¿cómo ha de ser buen hijo el que la hace sufrir, el que le está abreviando la existencia? Aunque lo vea darle de besos á la anciana, aunque le oiga hablar de su santa madre, aunque mire cómo respetuosamente la acompaña á la iglesia, por complacerla, dos ó tres veces cada año, aunque escuche los sollozos y los gritos que lance el día en que acaba de matarla, nunca podré creer que es un buen hijo. Pues ¿sabéis qué es ser bueno? ¡Es dar bondad! Que me digan en buena hora:—¡Quiero ser un buen hijo; pero no puedo!—Eso tal vez sea cierto; pero no me obliguéis á admitir una moneda falsa! Le diremos buen hijo, porque no somos sus padres, y ellos se lo dirán y hasta lo creerán, porque lo son, y será un buen hijo, para afuera, para la galería, para las costureras que leen novelas de Pérez Escrich y lloran

en el «Campanero de San Pablo,» para los que creen en el patriotismo de ciertos oradores que hablan de la patria; y hasta para nosotros que no tenemos nada que ver con él y que no le daríamos dinero en préstamo, ni á nuestra hija por esposa; mas para Dios, para la Verdad suprema, no es ni puede ser buen hijo.

Y de esos «buenos,» está lleno el mundo. ¿Cómo serán los malos, santo cielo? Y los hay á millares que no disfrutan la reputación ni la fama de los parricidas, pero por falta de equidad en los juicios del mundo y no porque no lo sean. ¿Veis á esa madre? Su esposo os dirá que no ha perdido ningún hijo, y ha perdido todos. Porque ya no son suyos, porque no la aman como debían amarla, porque se fueron, porque se los llevaron, porque ya nunca volverán. Ella los aguarda, porque el amor es terco, incrédulo de la muerte; ella les habla, como se habla en oración, con el muerto que yace bajo la losa del sepulcro. Y cree que la oyen, y que le agradecen las flores que les lleva. . . . ¡pero ya están muertos!

¿Sabéis por qué las madres dan á luz á sus hijos con dolor? Pues porque la naturaleza se resiste á que los dejen ir, y la madre quiere tenerlos dentro ella misma; porque solo allí están seguros; porque solo de allí no se los roban. Algo más tarde, la madre siempre tiene miedo de que le hurten á su niño, y por eso se asusta cuando no lo ve á su lado, y lo estrecha en sus brazos, como si quisiera volvérselo á meter dentro del seno. Prevee que cuantos la cercan son ladrones; el libro de la escuela, la jovencita que sonrío. . . . Y esos, siquiera, son ladrones generosos, porque al cabo devuelven lo robado; porque no matan para robar; pero, el garito! ¡la mujerzuela indigna. . . ! ¡el vino. . . !

Si María, con ser madre del Hijo bueno por excelencia, de Jesús, sufrió tanto, ¿cómo habrán de sufrir y padecer las desgraciadas que tengan hijos malos?

Señoritas:

No os asombren los parricidios, porque diariamente se cometen.

Buen hijo:

No aguardes á que tu madre muera, para saber que la tuviste.

Hijos buenos:

Amad á vuestras madres, por todos los que no aman á las suyas.

Buenas almas:

¡Orad por todas las madres Dolorosas!

DOMINGO DE RAMOS.

Refiere el Evangelio, hermanas mías, que entró Jesús en Jerusalem montado en una pollina, y que el pueblo tendía las capas á su paso y agitaba palmas, en muestra de regocijo, y entonaba *hossannas*. Esta triunfal entrada á la ciudad santa, me parece muy semejante, en muchos casos, al solemne día del matrimonio. Jerusalem es, por ejemplo, Santa Brígida. A la pollina ha reemplazado el landó en que llegan los novios. La ciudad. . . . digo, la iglesia, está adornada y de fiesta. Al observar el infinito número de flores que hay, orlando las columnas y tapizando las paredes, se cae en cuenta de que para la feliz pareja es aquel su día de Ramos, el principio de su Semana Santa. El órgano canta ¡*hossannas!* como el pueblo de Jerusalem. La multitud se divide en dos grandes masas, para abrir calle á los triunfadores, y un murmullo de admiración cortesana se alza y se extiende en la majestuosa nave de la iglesia. Ya entraron en Jerusalem! Ya comenzó la gran Semana!

Os hablo, por supuesto, señoritas, de los matrimonios hechos ligera y atolondradamente. Para los que se hacen como Dios manda, Jerusalem es más piadosa y menos tornadiza. Para éstos, al día de Ramos siguen la Anunciación, el Nacimiento y otras fiestas simpáticas y poéticas. Mas para los primeros, en pos del Domingo de Ramos vienen indefectiblemente las Tinieblas, el «pase de mí este cáliz,» los azotes, el pésame, y por último, un amigo traidor que mete la mano en el plato, un desesperado que se ahorca ó un amor muerto y sepultado que nunca, nunca resucitará.

Para que no paséis por este calvario, voy á haceros algunas advertencias.

Ante todo, caballeros y damas, no entréis en Jerusalem, ó sea en el matrimonio, con el fin de hacer alguna redención. Hay algunos

varones, ejemplares y magnánimos, que suelen decir á la que va á ser su esposa: «yo te perdono porque amaste mucho.» Esto es de consecuencias desastrosas. Procuren ustedes, caballeros, que sus futuras hayan amado lo menos posible. Nuestro maestro Víctor Hugo dijo: *No maldigáis á la mujer que cae*; pero no dijo que nos casáramos con ella.

Y en cuanto á ustedes, señoritas, ruégoos también que no penséis en redenciones. Muchas de vosotras aman ó creen amar á un botarate, á un perdido, á un jugador, á un ébrio más ó menos adelantado, y al pensar en casarse, se dicen para su colete:—mi amor lo redimirá!—Esto es muy noble, aunque algo andaluz; pero tened en cuenta que la única redención que se ha realizado fué á expensas de la vida del Redentor.

Tampoco, señoritas—y esto os lo digo para que seáis felices—imaginéis que váis á hallaros la felicidad. Sueñan algunas que, al casarse, su vida mudará completamente, y que toda será sonrisas, mimos, cariñosos halagos de la suerte, y como la vida siempre es vida, como las enfermedades, los pesares, etc., no se guardan con el vestido de novia, que ya no vuelve á usar la esposa, el desencanto es lamentable. A mí no me dan lástima los que se quejan de no ser dichosos. Esto es quejarse de que no hay sol por la noche. Pues, si no hay, ¿para qué vamos á quejarnos? Confórmense ustedes con obtener los premios chicos, las «aproximaciones» en la lotería, porque el premio principal solo le toca á uno, y ese uno casi siempre es un desconocido á quien nunca llegamos á conocer.

Alejandro Dumás (hijo), daba estos consejos algo tristes pero algo ciertos, á una muchacha casi tan buena como vosotras, á la Anita de *Francillón*:—«No te diré como tu confesor ó como Hamlet, el primero con su fe y el otro con su duda: *Entra á un convento*. No; tú tienes otro destino que cumplir, tan abnegado y útil como el de las monjas; pero no pidas al amor más de lo que el amor te puede dar. Pídele, por el matrimonio, el medio de cumplir tu natural destino, y si te da la maternidad, queda satisfecha. Sé indulgente para con el hombre y reconocida para con Dios.»—

Prefiero, hermanas mías, que entréis en el matrimonio con alguna desconfianza y hasta con algún temor, á que entréis con desmedidas esperanzas. Pensad que de la pasión, del apóstol traidor, de la cruenta agonía, podéis libraros y de seguro os libraréis si obráis cuerdate; pero bueno es que no vayáis enteramente seguras de escapar al ayuno de los días santos y á los azotes más ó menos leves que la suerte aplica siempre á todos los humanos. Procurad, sobre todo, que vuestro amor no muera, ó que solo muera aparentemente, como el Salvador, para resucitar á los tres días, y vivir la inmortal y serena vida del espíritu.

No penséis al casaros, señoritas:—Voy á ser feliz.—Decid:—Va-

mos á ser dos, y mis penas y mis alegrías aumentarán, porque sufriré con él y gozaré con él.—Y cuando seáis dos, sed tres y . . . cuatro luego. . . ¡Vaya! hasta cinco, para que podáis ajustar al sistema decimal; pero. . . no os aconsejo, os deseo que no agreguéis muchos sumandos, porque las sumas largas son complicadas y dificultosas. En fin, sumad, sumad cuanto queráis; pero á medida que el esposo vaya aumentando las multiplicaciones en el libro de caja. Dividid poco, ó mejor dicho, entre pocos: el amor entre los vuestros. Restad menos.

Yo creo que la felicidad, á pesar de lo que antes dije, ó más bien, para explicar lo que dije antes, no es tan difícil de encontrar. Solo que, como no la conocemos, pasa inadvertida por nosotros y no asímos su brazo, ni siquiera la saludamos. Y luego exclama el hombre:—¡Ah! ¿conque era aquella. . . ?—¡Y sí, aquella. . . era!

Nosotros creemos que la felicidad es una señora muy alta, muy hermosa, muy rica; y la felicidad es bajita de estatura, algo pálida, algo melancólica, que de todo se asusta, que por todo se ruboriza, pero muy buena, muy bonita, muy de su casa, muy humilde. Al hallarla decimos:—esta ha de ser la hermana menor de la felicidad, la hormiga de la casa, la Marta que trabaja.—Y no; es la misma! Como no hace ruido, cuesta trabajo saber en dónde está. Como es muy vergonzosa, casi siempre está escondida. Pero vosotras, señoritas, la encontraréis, sin duda alguna, siempre que no la esperéis, porque la felicidad está muy ocupada y no puede ir á todas las casas en que la aguardan, sino siempre que la busquéis solícita y cariñosamente.

Cásense ustedes; ¿no ven que todo lo que vuela tiene dos alas? Pero si no os sentís con la prudencia y tino necesarios para saber acomodarse con otro carácter, para triunfar de vosotras mismas—porque es triunfar el ser vencido por amor,—entonces, no os caséis, á menos que no queráis ser asesinos.

El amor sabe mucho; preguntadle. Y si así lo hiciéreis, señoritas, el amor os lo premie; y si no, os lo demande.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN.

Hemos llegado al fin de esta cuaresma, y antes de abandonar, acaso para siempre, el encarrujado sobrepelliz, la sotana de raso y el solideo de seda negra, quiero daros las gracias por la paciencia con que os habéis dignado escucharme, ejercitando así, en este tiempo santo, una de las virtudes que más recomienda el apóstol, que más recomiendo yo á las casadas que me oyen, y que más necesito en esta vida, no obstante que la tengo, y sublimada, en mi nombre, ó mal nombre periodístico. Tanta es la excelencia de esta virtud, que ni aquel justo Job, patrono mío, llegó á poseerla en toda su plenitud, puesto que renegó de la vida y maldijo el instante en que nació.

Como habéis observado, en estas breves pláticas me he dirigido más particularmente á vosotras, ya usando para ello el tratamiento de *Usted*, ó ya el de *Vos*, según estaba de humor, pero excluyendo siempre el llano *tú*, que es el que emplean generalmente, para hablar entre sí, las gentes que no se quieren. Y para hablar singularmente con las señoras y las señoritas he tenido varios motivos, entre otros, el de que muy más agradable es conversar con las mujeres que con los varones. Los hombres, además, asisten á los templos con menos frecuencia que vosotras; si asisten, es de noche; y yo por las noches no predico: voy al teatro.

Repito, pues, que doy cumplidas gracias, particularmente á mi auditorio femenino, y os suplico que seáis indulgentes y me perdonéis las palabras severas, las cariñosas reprensiones que hayan salido de mis labios. Como confesor, soy mucho más benévolo, y si alguna de las hermosas señoritas que me dispensan en este instante su atención quiere decirme sus pecados, tras la calada rejilla del confesonario, yo la prometo que al bajar del púlpito, á la hora del cre-

púsculo, tan propicia para ocultar el natural rubor de las afligidas penitentes, prestaré atento oído á cuanto diga, y le daré cuantos consuelos pueda, absolviéndola, al fin, de todos sus pecados, como la Iglesia manda, menos de aquellos cuya remisión está reservada á Roma.

Mas si el deber del confesor es absolver, el deber del predicador es fulminar, en caso dado, rayos de ira santa, para que brote en las almas el arrepentimiento; y por eso, solo por eso, he sido, á ratos, duro con vosotras.

Observaríais también que uno de los principales fines de mis conferencias, ha sido el de llevaros al cielo por la vía angosta del matrimonio, que no es la más directa, pero sí la más frecuentada, la más apetecida por las mujeres, para ponerse en camino de la bienaventuranza. Yo no os digo, como el terrible Kempis: — sed felices en el cielo. — Yo quiero que ganéis la gloria, un marido en la tierra, y que seáis tan dichosas como es posible serlo en este valle de lágrimas, haciendo partícipes de vuestra dicha á los demás. Para lograr tan santo fin os aplicaré, pues, en esta plática, la extremaunción de mis consejos.

Conmemora hoy la Iglesia el milagro de la Resurrección. Los enemigos del Salvador le creían muerto; juzgábanse vencedores de aquel á quien algunos llamaban Dios; y, para vergüenza de esos falsos sabios, para castigo de esos ingratos, acaeció que alzando sin esfuerzo la dura losa del sepulcro, Jesús, inmortal y triunfante, subió al cielo.

Os parecerá extravagante, señoras mías, que el misterio de la Resurrección pueda servir de tema á uno de estos discursos cuyo fin principal, como ya he dicho, es el de encaminaros para que seáis felices en el matrimonio. Veréis, empero, como tal sospecha peca de ligereza, porque entre los enemigos de las casadas—y ellos son más que los del alma—figura la «resurrección» en primer término. Y entiéndase que no hablo con las viudas, porque de algunas de éstas sería enemigo mucho peor. Voy á explicarme.

No aspiréis, señoritas, á casaros con un hombre que no haya amado ó no haya sido amado nunca. La gramática que yo aprendí enseña que la palabra *Virgen* es común de dos; por modo que se dice, según reza la gramática misma, «el virgen Juan». Pero ni la gramática, ni nadie, ha dicho nunca «el virgen Pedro, el virgen Jorge ó el virgen Anastasio.» De modo que San Juan tiene la culpa de que dicho vocablo sea común de dos, y, muerto él, ya queda el *virgen* exclusivamente relegado al género femenino.

Tened, por ende, en consideración, que váis á uniros con un hombre que ha tenido tantas novias cuantas sus años le hayan permitido. . . . y en el género «novia» clasifico á muchas que nada más lo fueron en el deseo ó en la imaginación del amador, y á otras, también. . . . que se pasaron á mayores. No os disgustéis, sino alegráos, de estos antecedentes: no se expide un título profesional al que antes no ha cursado sus estudios preparatorios.

La mujer, generalmente, se encela de la actriz á quien el marido visita, de la amiga á quien frecuenta, de aquellas á las que, en suma, cree rivales. Los celos—y esta advertencia va de paso,—son unos malos cazadores que siempre casi yerran el tiro. La mujer que debe inspirar temor á la esposa — á menos que lo sea de un vicioso, de un desvergonzado ó de un imbécil, — no es la que conoce, no es la que mira: es la desconocida ó es la muerta.

Pero las muertas — me diréis — ¿qué daño pueden hacernos? — Ante todo, hermosas oyentes, os diré que no todos los que se mueren están muertos, porque hay algunos que lo fingen; ni todos los que están muertos siguen siendo, puesto que hoy celebramos la fiesta de la resurrección. Hay muertas cesantes. . . . ¡la cesantía lleva hasta el otro mundo sus estragos!

Mas, yo os declaro, que sin vida ó con ella, la mujer solo muere cuando deja de vivir en el recuerdo.

Suponed que vuestro marido adquirió una fosa á perpetuidad para cada uno de sus antiguos amores. Parece que en los camposantos todo está inseguro: rejas, macetas, candeleros, y hasta lápidas, menos los huesos de los cadáveres, no codiciados por ninguno. Pues bien, señoritas, para vosotras, por desgracia no es así; para vosotras hasta los cadáveres se escapan y huyen de sus fosas. El hombre os dice: «aquí están todas mis muertas,» — y tenéis que arrojar—¡oh envidiables sepultureras de sentimientos! — una paletada de tierra diaria en esas fosas, para que las pobres muertas se estén quietas. Pero esto ¿os es tan fácil! ¿No regáis cada mañana vuestros tiestos de flores?

No es el esposo — sigo suponiéndolo bueno y enamorado de vosotras al casarse, — el que resucita á esas difuntas: primeramente porque, en lo general, no lo merecen; y luego porque el corazón del hombre es generoso: olvida á las que le han dicho que lo han olvidado.

Pero el peligro, señoritas, está en que vosotras sin sospecharlo, resucitáis á esas rivales más terribles, más invencibles que las otras, precisamente porque ya no existen y porque las circunda la aureola de la muerte. Cada error en que incurráis en vuestra vida íntima, hará pensar ó decir á vuestro esposo: *aquella* otra no hubiera hecho lo mismo! — Y tal vez sí se habría conducido igualmente ó peor; pero ¿cómo probarlo? El hombre se complace en revestir de cuali-

dades ideales todo aquello que no conoce y todo aquello que no posee. Tomamos el desquite de los vivos diciendo que los muertos eran mejores. Por manera, que de todos vuestros defectos, ¡oh señoritas! se van formando las virtudes de las *otras*. Y de una querida en presente, de una rival en activo servicio, podéis decir, y las más veces casi siempre con justicia:—mira cómo es inferior, en todo, á mi; compárala: aquí estamos! — Pero á una que se fué, á una que ya no vive, á una que ni siquiera conocisteis y cuyo nombre no pronuncia jamás vuestro marido, ¿cómo podéis sujetarla á juicio? ¿cómo podéis acriminarla? Esa vence, como el Cid muerto, montada en ese bestia que se llama la imaginación.

Y lo malo es que la glorificación de esos amores muertos conduce insensiblemente á los amores vivos. Y entonces vuestra dicha ya no tendrá remedio, ya no tendrá indulto: ya estará entregada al brazo seglar.

Dicho se está que lo que acabo de apuntar es también aplicable á los hombres, y si no me dirijo á ellos, es por dos razones: la primera, porque no han venido á oirme; y la segunda, porque nosotros os creemos cuando decís que nunca habéis amado. De modo que los varones, en concepto vuestro y bajo la fe de vuestra palabra, tenemos menos difuntos ajenos que enterrar.

Cuando paséis, señoritas, por el día de Ramos, temed el Domingo de Resurrección! Bien sencillo ha de seros no temerlo, siendo afectuosas, siendo complacientes, siendo buenas. . . y no siendo otras muchas cosas; ó, lo que es igual, amando mucho, pero mucho. . . á uno! No resucitéis con un capricho á las que, más caprichosas tal vez que vosotras, duermen el sueño de la muerte en la memoria!

Ahora solo me falta daros mi bendición y mi mano. . . para que religiosamente la beséis. Sed felices, como yo lo soy; y que Dios os conceda un buen marido que á todas os deseo!